

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Autonomía Universitaria, Editorial.—*Cristianismo y catolicismo*, José Vasconcelos.—*La obra de Pablo Iglesias*, G. M.—*La muerte de Maura*, Editorial.—*Caricatura de Araquistain*, Luis Bagaría.
El coloso de arcilla, E. S. y Ch.—*La falsa representación de los estudiantes mexicanos en España*, Editorial.—*Tirano Banderas (continuación)*, D. Ramón del Valle-Inclán.
Las vacaciones, Editorial.—*La fuerza del espíritu*, Ensayo de Heinrich Mann, traducción de Julio Alvarez del Vayo.—*La enseñanza del Derecho (conclusión)*, Ángel Ossorio y Gallardo.—*La juventud universitaria del Uruguay, frente a la reforma universitaria y a los problemas de América*, J. Oscar Cosío Montaldo

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 20 diciembre 1925



actual Universidad que cunó tanta parte de nuestros tristes males.

Pero el tema es demasiado enjundioso para dejarlo aquí. Hasta ahora no hemos hecho más que desbrozarlo con un toque de atención. Seguiremos tratándolo cuidadosamente en números sucesivos y traeremos a estas páginas la voz de los que tengan algo que decir sobre el problema.

Cristianismo y Catolicismo

Carta de Vasconcelos a Alfredo L. Padacios.

Mi querido amigo: Llevo tres meses de constante variar de sitio, por lo que me ha llegado con retraso su carta a Gabriela, a propósito de una declaración suya, en que se decía católica... Tengo la fortuna de conocer bien a la gran poetisa y a usted, el generoso maestro de juventudes, y esto me da ocasión de terciar con ventaja en el debate, aunque más bien no hay asunto a debate, porque veo en Gabriela y en usted dos grandes cristianos prácticos, cristianos de verdad, que por lo mismo no pueden ser católicos. Usted procedió como verdadero cristiano cuando obtuvo del Congreso argentino una ley protectora de los trabajadores explotados por los terratenientes, que, por lo general, son excelentes, irreprochables católicos, pero viven de violar a diario la ley de Cristo. Así que yo vea, no digo la Iglesia, sino siquiera algún sacerdote que se pone enfrente del explotador para defender a los débiles, creeré que ese hombre, aun siendo católico, está animado del espíritu de Cristo. Los que absuelven a los terratenientes a la hora de la muerte, a cambio de una dotación para el culto, son católicos, pero no cristianos. Más cristiano fué usted en el momento que ya digo que cualquier católico de la época. La esencia del cristianismo es la ternura para nuestros semejantes. Esa ternura apareció en San Francisco y por poco lo excomulgan. Eso mismo sentían los católicos respecto de Gabriela, cuando Gabriela comenzó a escribir; era entonces una literata peligrosa; pero como ahora se ha conquistado una merecida fama, la cercan y se le presentan como ovejas. Andan ahora haciendo el papel de perseguidos en Chile, después que alentaron y aplaudieron el golpe de los militares chilenos. Aquí, en cambio, andan dichosos, insolentes. Al grado que si no hay quien la pegue un golpe, volverán a establecer la Inquisición, para los asuntos religiosos, Creo poder aventurar que a Gabriela le pasa algo de lo que a mí mismo me ocurre; la preocupación por el problema religioso, el interés por el dogma, nos llevan a coincidir con la doctrina católica en muchas cuestiones metafísicas; frecuentemente me he declarado yo católico, en el sentido de que creo que la doctrina de la Iglesia, tal como se definió, por ejemplo, en Nicea, representa la mayor suma de verdad religiosa que han alcanzado los hombres. Pero me he convencido de que esa convicción, aun siendo, en mí, firme, más bien me aparta que me acerca a la Iglesia. La Iglesia no representa la religión, sino la liturgia. La Iglesia católica está en estos instantes detrás de cada movimiento de reacción. El negro poder jesuíta crece. La

Iglesia ya no es católica, no es romana; ha llegado a ser jesuíta. ¿Cómo no hemos de sentirnos emocionados, cuando un hombre como usted levanta la voz contra el peligro formidable? Adelante, mi querido amigo; soy uno de los que le seguirán en nombre de Cristo, que no es monopolio de frailes. Nunca podrán comprender los católicos que Cristo está más cerca, mucho más cerca, del atormentado Carlos Marx que del iluminado Tomás de Aquino. Creo que el socialismo moderno es un intento de aplicar la ley de Cristo; pero si así no fuese, si por no querer y no poder ser católicos nos niegan el derecho de creer en Cristo, nada importa que nos llamen anticristianos. Cuando yo sepa que la Iglesia ha librado una sola batalla en favor de los desheredados, pensaré que acaso Cristo vuelva a su seno. Pero, entretanto, me voy con los ateos, si los ateos imponen la justicia.

Palma de Mallorca, 1925.

Visado por la Censura

LA OBRA DE PABLO IGLESIAS

Pablo Iglesias murió con la serenidad, con el espíritu tranquilo del que deja detrás de sí una obra grande, una obra realizada a costa de esfuerzos sinnúmero, de sacrificios inmensos. Bien se le ha llamado apóstol, sí; lo era de todos los proletarios, de los oprimidos, de los explotados; su vida fué el trabajo sin descanso por ellos, fué la vida de un revolucionario. Una voluntad de hierro, una gran cantidad de penas y de injusticias, sentidas desde su niñez en su persona, le hicieron comprender la necesidad de trabajar por algo más fuerte, más pujante que aquella fingida democracia, que no podría servir nunca para realizar la emancipación proletaria. El año de 1870 ingresó en la Internacional; entonces pudo conocer aquellas grandes ideas del socialismo mundial, predicadas por Carlos Marx y Federico Engels; esas ideas que produjeron la Commune el año 71 y que cincuenta años más tarde habían de producir la revolución rusa. Pablo Iglesias, lleno de esperanza y de fe en estas doctrinas, que eran las suyas, empezó a predicarlas. El año de 1879 creo el partido socialista, cuya primera actuación fué clandestina; después, su historia y la del partido fueron unidas. En él puso todas sus actividades, y con la visión clara de los problemas obreros, a la que se unía un gran empuje revolucionario, pudo ir arrollando todos los escollos que se pusieron a su paso; con la mano firme manejaba el timón y conducía al proletariado al día del triunfo, que él veía no lejano.

Pablo Iglesias ha muerto; pero nos queda su labor, su vida; su mayor triunfo ha sido su entierro. ¿Pudo esperar alguna vez que tantos millares de corazones estarían de acuerdo con él? No lo sabemos; pero él, el hombre más calumniado, más cobardemente vilipendiado, ha producido el gran fruto. Su obra (podríamos haber contestado a los que nos preguntaban por ella el domingo pasado) ahí está: esos millares de corazones que marchan bajo el rojo de las banderas, piensan como él y sienten y son la creación de su fuerte voluntad. Cuando se levantó a hablar Julián Besteiro no hizo más que decir lo que estaba en el ánimo de todos; era cierto: el espíritu de Iglesias estaba con nosotros; allí estaba su cuerpo, allí estaba aquella materia, tan productora en otro tiempo, pero su espíritu quedaría en multitud de corazones de familias de pueblos españoles, que sentirían y pensarían como él. Y, al oír las palabras de Besteiro, se sintió un estremecimiento en toda aquella masa, era que

oían la expresión de sentimientos suyos, que en aquel momento no comprendían. Y, al mismo tiempo, se veían llegar a lo lejos más y más gentes, más y más banderas, y en todos ellos se sentía el deseo de la emancipación social. La obra de Iglesias ha sido muy grande.

Su muerte no termina una etapa gloriosa del socialismo español; la vida de Pablo Iglesias ha marcado la ruta que ha de seguir el socialismo, y su espíritu y su obra estarán siempre presentes en la nuestra para continuarla; como la vida de Marx, de Engels, de Lenin, en el socialismo mundial, podemos decir que la vida del apóstol nos abre un período glorioso en la vida del socialismo español; él nos deja la gran obra de creación y fundación del socialismo, él nos deja su interpretación de los padres del socialismo mundial. A nosotros nos toca continuarla; es necesario que cada español que sienta en él el generoso anhelo de emancipación proletaria ponga su grano de arena en esta obra de tan firmes cimientos. Y en día no lejano, esas banderas que asistieron ayer al entierro del maestro, presidirán el triunfo del proletariado, que será el triunfo de todos.

A nosotros los estudiantes es a los que más nos toca contribuir a esa obra; somos obreros, obreros de la inteligencia, que hasta ahora hemos dejado solos a nuestros hermanos los obreros manuales; Iglesias se sacrificó por todos los que sufrían, por todos los explotados, y a nosotros nos corresponde estudiar su vida y su obra, propagar su ejemplo y contribuir a que su anhelo, a que su deseo sea un hecho. La única forma para conseguir el máximo rendimiento a nuestro trabajo es la unión de todos para seguir a Pablo Iglesias.

Nada más podemos decir: fué el hombre fuerte, la voluntad revolucionaria, que con su acción llevó a España un gran cambio social; estudiémosle y sigamos su ejemplo. El mayor consuelo que podemos tener de su muerte son aquellos dos versos de Jorge Manrique:

Que aunque su vida murió,
nos dexó harto consuelo su memoria.

G. M.

La muerte de Maura

EL ESTUDIANTE, que en cualquier otro momento hubiera combatido acremente la personalidad y la obra de este político conservador, de cuyas ideas nos separan mundos de distancia, y cuya gobernación fué en más de un punto bien desgraciada para nuestro país, se inclina hoy con cierto respeto ante esta figura del pasado que desaparece.

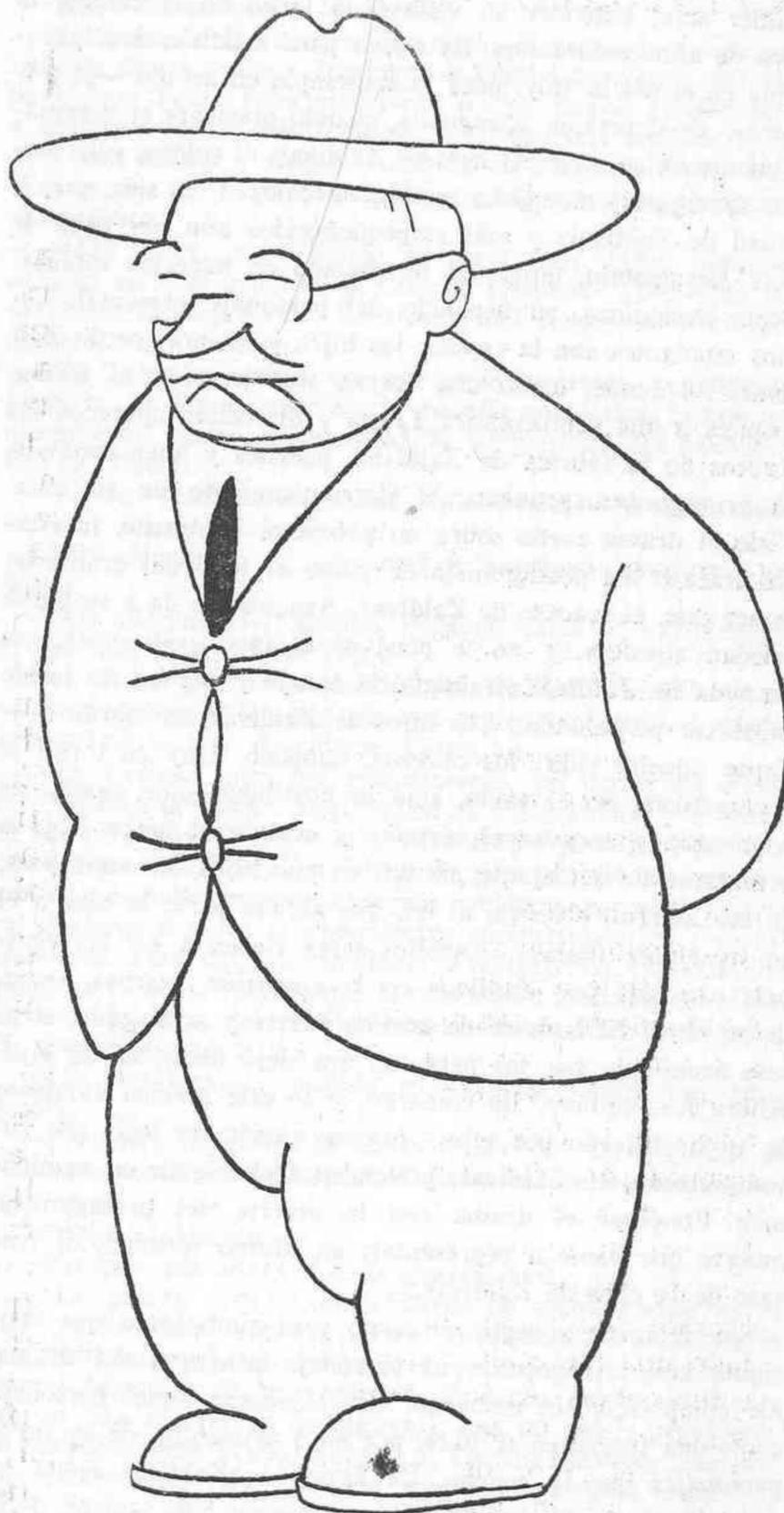
Callando, aunque no olvidando, su significación, queremos ver hoy, ante todo, en el muerto, dos aspectos respetables: Maura fué un político y fué un hombre civil.

EL ESTUDIANTE tiene representantes en muchos centros de enseñanza, y desea tenerlos en todos. Podrán dirigirse, por consiguiente, a nuestra revista, demandando tal representación aquellas personas que más enlazadas se hallen con el espíritu que anima a
EL ESTUDIANTE.

"El coloso de arcilla", de Luis Araquistain

(Drama en tres actos, estrenado por Borrás, el lunes último, en el teatro del Centro.)

A fin de hacer visible la magnitud de las pirámides egipcias, es frecuente colocar en la estampa en que aquellas se representan, al pie de las pirámides, la figura de un beduino montado en su borrico. Semejante recurso, imprescin-



Araquistain, visto por BAGARIA

dible en la ocasión, viene a ser una negación caprichosa de lo absoluto. La pirámide de por sí, excluida de semejante término de comparación, es, sencillamente, una pirámide, ni grande ni pequeña. Cobra majestad el cuerpo geométrico con sólo la proximidad de un monigote, y a éste debe, por consiguiente, aquel cuerpo, su propia magnitud y majestad aparentes. Ocurre así en la ficción —el cuadro, por ejemplo—, pero no ocurre así en la vida. En la vida acontece todo lo contrario. Es en ella lo grande quien viene a mostrar la pequeñez del monigote. El hombre extraordinario acusa, sin pretenderlo, la nimiedad e insignificancia de la gente que lo rodea; y viene a ser el hombre de capacidad excepcional, con su capa-

cidad creadora, una fuerza destructiva, al mismo tiempo, una máquina peligrosa para los demás, incluso para sí mismo. Hace su vida, que es su obra, como a expensas de los demás, destruyendo. Ello es perfectamente visible en el hombre de acción, pues en éste cobra más salientes caracteres el estrago.

Araquistain ha recogido para su drama, *El coloso de Arcilla*, una figura de gran tamaño, hermosa, excepcional y, por consiguiente, peligrosa. Peligrosa para la figura en sí y peligrosa, además, en esta ocasión, para su creador. Araquistain dotó al protagonista de su drama de capacidad no común, y así vemos al personaje, apenas se alza el telón en el primer acto, extender su vista a lo largo de la ciudad, la obra de años esforzados. Es nuevo para Zaldívar este panorama en el día de hoy, pues lo contempla en un día —el primero— de depresión y angustia, cuando presiente el derrumbamiento de su vida. Al lado de Zaldívar, el coloso, sólo moran monigotes, monigotes empequeñecidos a la sola proximidad de Zaldívar, y más empequeñecidos aún por obra de Luis Araquistain, quien no ha dudado en hacerlos infinitamente mezquinos, en beneficio del personaje principal. Dichos monigotes son la esposa, los hijos y los amigos de Zaldívar. Al fondo, como una fuerza sin dirección ni forma, propicia a una problemática forma y dirección, aparecen los obreros de la fábrica de Zaldívar, pueriles y amenazadores. El protagonista presiente el derrumbamiento de su obra. Todo el drama rueda sobre un próximo, inminente, inevitable fracaso del protagonista. Y como el final del drama ha de ser éste, el fracaso de Zaldívar, Araquistain da a su héroe soledad absoluta, y no le pone al alcance asidero alguno. La vida de Zaldívar, tramada de coraje y pasión, no ha de encontrar perpetuidad. Los hijos de Zaldívar no sabrán continuar aquella vida; los obreros, tampoco. Hay en torno al protagonista, no el vacío, sino la hostilidad. Los monigotes comienzan a socavar el terreno, y cuando el héroe llega a percatarse de semejante actitud en sus hijos, en su esposa, en sus amigos, observa, al fin, que alguna parte le cabe a él en semejante fracaso. Aquellos seres vienen a ser las víctimas causadas por Zaldívar en la ejecución azarosa, tenaz, de su obra. El hombre de acción, fuerte y arriesgado, siéntese acometido por las personas que dejó atrás, en su vida. Ahora los requiere, sin embargo, y en este preciso momento se ve hostilizado por ellos, quienes viendo un loco, por incompreensión, en Zaldívar, pretenden recluirle en un manicomio. Concluye el drama con la muerte del protagonista, muerte que viene a representar, en último término, el fracaso de la obra de Zaldívar.

Sin dejar de advertir el sesgo y el simbolismo que consigue darle Araquistain al personaje principal del drama, me complazco, sin embargo, en considerar aquel personaje como una fuerza en sí, libre, por unos momentos, de los otros personajes que lo rodean. La figura de Zaldívar cobra en este momento un interés extraordinario. Ello quiere decir que existe algo absoluto, como irreductible, en la creación de Araquistain. Específicamente, es un fuerza. Su valor está en sí, como hombre, y es innegable, por consiguiente, que el autor ha sabido darle a su personaje una contextura moral marcadísima, un carácter. Todo lo demás, en cambio, mirado aisladamente, o conjugándolo con Zaldívar, tal como se ofrece en el drama, aparece desdibujado.

El público ve con respeto, pero sin grandes muestras de emoción, *El coloso de Arcilla*. Ello por dos razones: Primera: el público se siente fuera de lo que se desarrolla ante su vista, distante y ajeno al drama. Este corresponde a un mundo extraño que, siéndole tan próximo, no le interesa. La figura de Zaldívar, tan hermosa, le es desconocida, y el drama en sí le parece al público pura ideología, sin el menor asiento en la tierra que pisamos. La segunda razón no está en el pú-

blico, sino en Araquistain. *El coloso de Arcilla*, con ser tan pasional, por parte de Zaldívar, carece, en cambio, de cierto hálito especial, inconfundible, que sólo da el arte. Es cuestión de técnica. No es cuestión de técnica. No se gana una batalla con solo colocar científicamente los ejércitos. Es preciso, primero, que éstos estén equipados con arreglo al papel que han de desempeñar en la refriega; después vendrá la colocación y —coetánea a ésta— la intuición poética, que nos ofrecerá una distribución original, más acá o más allá de toda regla marcada.

E. S. Y CH.

La falsa representación de los estudiantes mexicanos en España

La publicación en EL ESTUDIANTE del día 6 de una carta de don José Vasconcelos, en la cual se afirmaba, de un modo concluyente, la calidad y antecedentes de Soto, individuo mexicano, ha causado profunda sorpresa en algunas provincias del norte de España, principalmente en Valladolid, donde aquel individuo, en compañía de su inseparable Zaldúa, también mexicano, venía realizando, según aseguraba pomposamente, "labor de acercamiento por la raza y por la humanidad". Aparecieron aquellos dos sujetos en España en el mes de julio de este año, y manteniendo su falsa representación, han paseado el norte de la península, con una naturalidad verdaderamente admirable. Asentados, por último, en Valladolid, donde han intensificado su labor —ya lo hemos dicho: "por la raza y por la Humanidad"—, se han visto sorprendidos desagradablemente por las afirmaciones terminantes de don José Vasconcelos. Soto y Zaldúa, entonces, para reivindicarse ante la opinión vallisoletana, han movido el mar, el cielo y la tierra, haciendo una exhibición de documentos que, de ser legales, no desmienten en absoluto la afirmación del ex ministro de Instrucción pública de México. Como en circunstancias semejantes no falta un defensor, Soto y Zaldúa han encontrado el suyo en *El Diario Regional*, periódico de Valladolid, defensor de lo indefendible.

De todas formas, la afirmación de don José Vasconcelos queda en pie. Nada puede quebrantarla lo que digan en el norte de España, en beneficio de los falsos representantes. Nosotros no podemos concederle importancia a la cuestión desde el momento que el señor ministro de México en España nos afirma que ha aconsejado a Soto y Zaldúa el abandono de nuestro país. Sin embargo, escribiremos al señor Vasconcelos para que, si lo estima conveniente, de oportunidad y de importancia, nos facilite los datos que demostrarán, al cabo, la afirmación de su carta, que publicamos el día 6.

Por lo que a nosotros respecta, creemos que hemos cumplido con nuestro deber dando publicidad a la usurpación. Lo de Soto y Zaldúa es una demostración palpable de que el hispanoamericanismo puede ser, en algunas ocasiones, por malas artes, cotizable. Y nuestra intervención para impedir semejante indignidad, era una obligación. En el día de hoy hemos cumplido con ella.

Vayan con Dios Soto y Zaldúa.

VISADO POR LA CENSURA

TIRANO BANDERAS

LIBRO SEGUNDO

EL HONORABLE CUERPO DIPLOMATICO

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

I

La Legación de España se albergó muchos años en un caserón con portada de azulejos y salomónicos miradores de madera, vecino al recoleto estanque francés, llamado por una galante tradición Espejillo de la Virreina. El Barón de Benicarlés, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica, también proyectaba un misterio galante y malsano, como aquella virreina que se miraba en el espejo de su jardín, con un ensueño de lujuria en la frente. El Excelentísimo Señor Don Mariano Isabel Cristino Queralt y Roca de Togores, Barón de Benicarlés y Maestrante de Ronda, desvaído figurón diplomático, tenía la voz de cotorrón y el pisar de bailarín; Lucio, grandote, abobalicado, muy propicio al cuchicheo y al chismorreo, rezumaba falsas melosidades. Le hacían rollas las manos y el papo. Hablaba con nasales francesas y mecía bajo sus carnosos párpados un frío ensueño de literatura perversa. Era un desvaído figurón, pasado de moda, sin llegar a clásico, snob literario, gustador de los cenáculos decadentes, con rito y santoral de métrica francesa. La sombra de la ardiente virreina, refugiada en el fondo del jardín, mirando la fiesta de amor sin mujeres, lloró muchas veces, incomprensiva, celosa, tapándose la cara.

II

Santos y Difuntos.—En este tiempo, era luminosa y vibrante de tabanquillos y tenderetes la Calzada de la Virreina. El quitrí del gachupín, que rodaba haciendo morisquetas de petrimetre, se detuvo ante la Legación Española. Un chino encorvado, la espalda partida por la coleta, regaba el zaguán. Don Teles subió la ancha escalera y cruzó una galería con cuadros en penumbra, tallas, dorados y sedas. El gachupín experimentaba un sofoco ampuloso, una sensación enfática de orgullo y reverencia. Como collerones, le resonaban en el pecho fanfarrias de históricos nombres sonoros, y se mareaba como en un desfile de cañones y banderas. Su jactancia, cerril y patriótica, se revertía en los escondidos compases de una música brillante y ramplona. Se detuvo en el fondo de la galería. Una puerta —la puerta luminosa, silenciosa, franca, sobre el gran estrado desierto— amortiguó extrañamente al barroco gachupín. Sus pensamientos se debordaron en fuga, potros cerriles rebotando las ancas. Se apagaron de repente todas las bengalas, y el ricacho se advirtió pesaroso de verse en aquel trámite. Desasistido de emoción, árido y tímido, como si no tuviese dinero, penetró en el estrado vacío, silencioso en una dorada simetría de espejos y consolas. El Barón de Benicarlés, en el fondo de otra cámara, sentado en un canapé, espulgaba meticulosamente a su faldero. Don Teles llegó, mal recobrado el gesto de fachenda entre la calva panzona y las patillas color de canela. Parecía que se le hubiese aflojado la botarga:

—Señor, Ministro, si interrumpo, me retiro.

—Pase usted, ilustre Don Telesforo.

El faldero dió un ladrido, y el carcamal diplomático, rasgando la boca, le tiró de una oreja.

—¡Calla, Merlín! Don Teles, tan contadas son sus visitas, que ya le desconoce el Primer Secretario.

El carcamal diplomático esparcía sobre la fatigada crasitud de su labios una sonrisa lenta y maligna, abobada y amable. Pero Don Teles miraba a Merlín, y Merlín le enseñaba los dientes a Don Teles. El Ministro de Su Majestad Católica, distraído, evanescente, ambiguo, prolongaba la sonrisa con una elasticidad inverosímil, como las diplomacias neutrales en año de guerras. Don Teles experimentaba una angustia pueril entre la mueca del carcamal y el hocico aguzado del faldero. Con su gesto adulator y pedante, lleno de pomposo afecto, se inclinó hacia Merlín:

—¿No quieres que seamos amigos?

El faldero, con un ladrido, se recogió en las rodillas de su amo, que adormilaba los ojos huevones, casi blancos, apenas desvanecidos de azul, indiferentes como dos globos de cris-

tal, consonantes con la sonrisa sin término de una deferencia maquillada y protocolaria. La mano gorja y llena de hoyos, mano de odalisca, halagaba las sedas del faldero:

—¡Merlín, ten formididad!

—¡Me ha declarado la guerra!

El Barón de Benicarlés, diluyendo el gesto de fatiga por toda su figura crasa y fondona, se dejaba besuquear del faldero. Don Teles, rubicundo entre las patillas de canela, poco a poco, iba inflando lo botarga; pero con una sombra de recelo, una íntima y remota cobardía de cómico silbado. Bajo el besuqueo del falderillo, habló, confuso y nasal, el figurón diplomático:

—Don Teles, ¿por dónde se peregrina? ¿Qué luminosa opinión me trae usted de la Colonia Hispana? ¿No viene usted como Embajador?... Ya tiene usted despejado el camino, ilustre Don Telesforo.

Don Teles se arrugó con un gesto amistoso, aquiescente, fatalista. La frente panzona, la papada apoplética, la botarga retumbante, apenas disimulaban la perplejidad del gachupín. Rió falsamente:

—La tan mentada sagacidad diplomática se ha confirmado una vez más, querido Barón.

Ladró Merlín, y el carcamal le amenazó levantando un dedo:

—No interrumpas, Merlín. Perdona usted la incorrección y continúe, ilustre Don Teles.

Don Teles, por levantarse los ánimos, hacía oración mental, recapacitando los pagarés que tenía del Barón. Luchaba desesperado por no desinflarse. Cerró los ojos:

—La Colonia, por sus vinculaciones, no puede ser ajena a la política del país: Aquí radica su colaboración y el fruto de sus esfuerzos. Yo, por mis sentimientos pacifistas, por mis convicciones de liberalismo bajo la gerencia de gobernantes serios, me hallo en una situación ambigua, entre el ideario revolucionario y los procedimientos sumarísimos del General Banderas. Pero casi me convence la colectividad española, en cuanto a su actuación, porque la más sólida garantía del orden es, todavía, Don Santos Banderas. ¡El triunfo revolucionario traería el caos!

—Las revoluciones, cuando triunfan, se hacen muy prudentes.

—Pero hay momento de crisis comercial: los negocios se resienten, oscilan las finanzas, el bandolerismo renace en los campos.

Subrayó el Ministro:

—No más que ahora, con la guerra civil.

—¡La guerra civil! Los radicados de muchos años en el país, ya la miramos como un mal endémico. Pero el ideario revolucionario es algo más grave, porque altera los fundamentos sagrados de la propiedad. El indio, dueño de la tierra, es una aberración demagógica, que no puede prevalecer en cerebros bien organizados. La Colonia profesa unánime este sentimiento. Yo quizá lo acoja con algunas reservas; pero, hombre de realidades, entiendo que la actuación del capital español es antagónica con el espíritu revolucionario.

El Ministro de Su Majestad Católica se recostó en el canapé, escondiendo en el hombro el hocico del faldero:

—Don Teles, ¿y es oficial ese ultimátum de la Colonia?

—Señor Ministro, no es ultimátum. La Colonia pide solamente una orientación.

—¿La pide o la impone?

—No habré sabido explicarme. Yo, como hombre de negocios, soy poco dueño de los matices oratorios. Si he vertido algún concepto por donde haya podido entenderse que ostento una representación oficiosa, tengo especial interés en dejar rectificada plenamente esa suspicacia del Señor Ministro.

El Barón de Benicarlés, con una punta de ironía en el azul desvaído de los ojos, y las manos de odalisca entre las sedas del faldero, diluía un gesto displicente sobre la boca belfona, untada de fatiga viciosa:

—Ilustre Don Telesforo: usted es una de las personalidades

financieras, intelectuales y sociales más remarcables de la Colonia... Sus opiniones, muy estimables... Sin embargo, usted no es el Ministro. ¡Una verdadera desgracia! Pero hay un medio para que usted lo sea, y es solicitar por cable mi relevo. Yo apoyaré la petición, y le venderé a usted el palacio en almoneda.

El ricacho se infló de vanidad ingeniosa:

—¿Incluido Merlín para consejero?

El figurón diplomático acogió la agudeza con un gesto frío y lacio, que la borró:

—Don Teles, aconseje usted a nuestros españoles que se abstengan de actuar en la política del país, que se matengan en una estricta neutralidad, que no quebranten con sus intemperancias la actuación del Cuerpo Diplomático. Perdone, ilustre amigo, que no le acoja más tiempo, pues necesito vestirme para asistir a un cambio de impresiones en la Legación Inglesa.

Y el desvaído carcamal, en la luz declinante de la cámara, desenterraba un gesti chafado, de sangre orgullosa. El gachupín se despidió, repitiendo sus excusas. Al cruzar el estrado, donde la alfombra apagaba el rumor de los pasos, sintió más que nunca el terror de desinflarse. En el zaguán, el chino rancio y coletudo, en una abstracción pueril y maniática, seguía regando las baldosas. Don Teles experimentó todo el desprecio del blanco por el amarillo:

—¡Deja paso! Mira, no me manches el charol de las botas, chingado.

Andando en la punta de los pies, con mecimiento de doble suspensión la botarga, llegó a la puerta y llamó al moreno del quitrí, que con otros morenos y rotos, refrescaba bajo los laureles de un bochinche con juego de bolos y piano automático con platillos:

—¡Vamos vivo, pendejo!

La Calzada de la Virreina tenía un luminoso bullicio de pregones, guitarros, faroles y gallardetes. Santa Fe se regocijaba con un vértigo encendido, con una calentura de luz y tinieblas: El aguardiente y el facón del indio, la baraja y el baile lleno de lujurias, encadenaban una sucesión de imágenes violentas y tumultuosas. Sentíase la oscura y desolada palpación de la vida sobre la fosa abierta. Santa Fe, con una furia trágica y devoradora del tiempo, escapaba de su sueño de pesadilla, con el grito de sus ferias, luminoso y tumultuoso como un grito bélico. En la lumbrada del ocaso, sobre la loma de granados y palmas, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mosenes.

(Continuará.)

Las vacaciones

Volvemos a sentir ahora la alegría, tan repetida, pero siempre renovada, de la vacación; es la marcha a la luz, al aire puro, a la habitación confortable para holgar o para trabajar; sobre todo es la huída del pasillo sucio y del aula lóbrega —nunca del trabajo— que nos ha entenebrecido tantas mañanas radiantes, amargadas, además, por discursos muertos; al recordar estos dos meses de curso pasados, apenas si podemos hacer un balance; tan exiguo es el haber. Sólo en alguna clase, con algún profesor excepcional, hemos logrado interesarnos; emprender un verdadero trabajo, en ninguna, a pesar de esos pocos buenos profesores, porque nuestra preparación era nula, gracias al absurdo plan de estudio, y porque el lugar sombrío nos repelía.

El *debe*, en cambio, es inmenso; dos meses de los veinte años malgastados como todos los años pasados; la época de la vida en que, si no se puede trabajar más sería y definitivamente, el alma, en cambio, está más propicia a abrirse a todos los intereses, ebria de curiosidad por las cosas y por los hombres, ansiosa de conocer más y más; y todas estas posibilidades deshechas por torpeza en los que debían ser

nuestros orientadores y debilidad en nosotros. Pero no es sólo este caudal inapreciable, esta educación fracasada, lo que hemos perdido ahora y siempre oyendo explicar asignaturas; no es sólo el trabajo que con un buen maestro y con medios suficientes pudimos emprender —educación y trabajos que nunca ya podremos hacer, que llevaremos de retraso en toda nuestra vida, pues el día perdido queda fatalmente perdido, sin poderse jamás recoger—; son las mañanas de sol despreciadas, encarados en las aulas sombrías; los paseos de las tardes milagrosas del otoño, añoradas desde el cuarto estúpido, ante el libro de texto, con el programa al lado, en un absurdo encajamiento de epígrafes.

Por esto nosotros somos entusiastas de esta "fuga triunfal" de la Universidad, que es el único gesto desenvuelto que tienen los estudiantes; este vuelo a la franca holganza, al limpio vagar, desde la mezquina y torpe holgazanería, desde el empañado estudio; lo único apreciable y risueño que nos llevamos en nuestro bagaje son esos días plenamente gozados en que dejamos la rutinaria clase por algún humano placer.

Aparte de que no todos los estudiantes que están ansiosos de acabar sus clases van, sencillamente, a tumbarse a la larga durante un mes de vacación y a bostezar bestialmente, son muchos los que sueñan con un mes dedicado a trabajar intensamente, a ganar el tiempo perdido, a estudiar lo que más les interesa, y, sobre todo, como más les agrada, libres de la lección. Y lo triste es que el esfuerzo que este estudiante va a desarrollar solo en su cuarto va a ser mucho mayor y va a rendir mucho menos provecho que el que necesitaría poner en tensión, al lado de un maestro inteligente y orientador que tantos pasos en falso le ahorraría y que tanto tiempo perdido le había de evitar.

Si no fuera por esto, no nos preocuparía este problema; su solución sería meternos cada uno en nuestra casa y no pensar en la Universidad; esto sería lo más cómodo, sobre todo para los obligados —moral y jurídicamente— a ayudarnos; nosotros renunciaríamos graciosamente a su auxilio y ellos verían amenguar su trabajo y persistir su remuneración.

Pero nosotros tenemos derecho a otra cosa: que la escuela sea laboratorio, suponga trabajo, y los profesores sean maestros, y que las vacaciones sean deseando; que no supongan, como ahora, la marcha de lo muerto a lo humano, sino que sean otra modalidad de lo vivo, pareja a la gozada en los meses de laboriosidad; en el fondo, seguramente no es otra cuestión que la de revisar asombros y desenmascarar cosas.

VISADO POR LA CENSURA

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará así mismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

La fuerza del espíritu, ensayo de Heinrich Mann

(Traducción de Julio Alvarez del Vayo.)

De todos los que escribieron, el que mayor y más palpable éxito tuvo ha sido Rousseau. ¿Quién es él? Un Figaro triste que sólo ama su pasión y quiere ser tomado profundamente en serio. Un vagabundo, que busca un pueblo y sueña con un Estado. Un enfermo, que siente la nostalgia de las naturalezas fuertes y sanas. Un enemigo de la humanidad, que cree en una humanidad lejana, espiritual, regeneradora y generosa. Un enemigo de los privilegiados, condenado a pretender condesas, que odia su propia bajeza y sus vicios, y que, incapaz de huir del fango, se purifica siempre de nuevo con las lágrimas y visiones del alma, educa en una novedad a sus hijos por él abandonados, y ama, en otra, su hermoso amor, que es tan puro y sincero en su novela sobre el Estado que todo un pueblo se siente desde entonces justo y sincero, y que es —más allá de su pobre vida— un luchador tan glorioso que todo un pueblo, el más espiritual y activo que jamás existió, lleva adelante su lucha.

Sus novelas idealistas hallaron el pueblo de lectores que ellas describían. Este pueblo no hizo la revolución mientras se estaba muriendo de hambre; la hizo al enterarse de que existían una justicia y una verdad y que ambas eran en él ultrajadas. También sus vecinos se percataron de ello; pero, no obstante sufrir el hambre no menos que los otros, permanecieron inactivos. “Las revoluciones —decía Napoleón— son raras, porque la vida humana es muy corta. Cada uno piensa por sí mismo que no vale la pena derribar el orden existente”. Los franceses de 1790 pensaron que sí lo valía. Su fogosa ingenuidad, su fe en el espíritu les capacitó para hacer descender a la tierra el sueño de un poeta. Y cuando el momento llegó, así que cayeron las fronteras de las provincias y los nobles abdicaron y los millares de hombres de las federaciones se juraron amor desde los distintos territorios; así que los campesinos se dijeron entre sí que la Revolución no pertenecía sólo a Francia, sino al mundo, y los enviados de todos los pueblos acudieron a ofrecer a la Nación francesa el testimonio de su veneración y de su fraternidad; este momento único, comprado al precio de tanta sangre, proyectó sobre los siglos el fabuloso resplandor que le da todavía un poco de esperanza. La historia no tiene desde entonces otro sentido que perpetuar aquella gran hora e identificar con los anhelos del mundo el espíritu que animó a la generación de aquel año. Todo cuanto se opone, todas las fuerzas retardatarias, cada triunfo del poder injusto, aparecerán como mezquinos incidentes frente a la eternidad del espíritu que entonces brilló.

Pero hacía falta un pueblo que se ofreciera en holocausto para encarnarlo. Y que le permaneciese fiel. Que durante cien años ni teme errores ni derrumbamientos, que sobrevive al despotismo y a la derrota, a la guerra civil y a los contratiempos más crueles, para llegar después de cada trastorno y de cada abatimiento a una etapa más lejos en la senda donde el espíritu domina. Hubo que crear un pueblo que luchase en pro del espíritu, que fuese la misma *ratio militaris*. ¿La necesidad de las cosas? ¿La evolución? No hará ésta sazonar en el mundo algo más que un *mínimum* de posibilidades de vida. Nada de libertad: solamente poder ir viviendo. Nada de justicia: solamente poder ir viviendo. Nada de dignidad humana: solamente poder ir viviendo. Construir sobre la evolución equivale a confiarse sin reservas a la Naturaleza y aún no hubo nadie que la viese pródiga. ¡El espíritu —la protesta contra la naturaleza, contra su lentitud e implacabilidad—, el espíritu que en una hora sacrifica el mismo cielo, que derrocha generaciones enteras por una mera chispa de la llama del ideal!... Era necesario un pueblo que

se ofreciese por completo a él, para que los demás pudiesen vivir de su orgullosa voluntad de sacrificio.

Les fué fácil a los literatos franceses, desde Rousseau a Zola, oponerse al poder existente: tenían un pueblo. Un pueblo con instinto literario, que duda de la fuerza, y que, de sangre cálida, la juzga insoportable en el momento en que la fuerza aparece en contradicción con la razón. ¡Todo lo que debió producirse para que el espíritu engendrara guerreros! Hombres del Norte, impregnados de sangre, y, más aún, de la cultura del Sur. La síntesis de Europa! La especie decisiva, como en el Sur, pero toda la predisposición artística que de ella brota, puesta al servicio del espíritu. El espíritu no es aquí el eterno espectro que nosotros, alemanes, conocemos —y allá abajo sigue la vida su tosco curso—. El espíritu es la vida misma; el que la determina y la forma, aun a riesgo de acortarla. Acaso, en el fondo, la justicia perjudique a la vida y la verdad conduzca al abismo. ¿No cabría continuar tranquilamente bajo el régimen señorial heredado y darse por satisfecho con la pura adhesión formal a alguna creencia rechazada ya de antemano como irrealizable? ¿Se podría gozar, amasar lo que los poderosos dejasen libre; se podría —encantados de su saber y de su bien cultivada vida interna— aguardar pacientemente a que el tiempo madurase por sí mismo? Pero he ahí un pueblo que desprecia las mentiras alentadoras, que edesdeña vegetar en una vida sobre la cual no le es permitido discurrir impunemente. El culto de la personalidad le parece vano, cuando ésta no se difunde, no conquista o hace feliz. Nos encontramos con buena voluntad guerrera y generosa irreflexión. Estos franceses no se han preguntado adónde podría llevarles el sueño mental de un poeta, de un enfermo problemático. Han obrado según sus pensamientos, porque él fué quien de una vez les descubrió el mundo, porque a través de él lo experimentaron todo: la culpa, el triunfo, el arrepentimiento, y pobres bestias humanas, como las otras, han conseguido, sólo por haber tenido el valor de entusiasmarse, aproximarse a la espiritualización. Han obtenido, como conjunto de Nación, una ganancia en dignidad humana y en fuerza moral. Apenas terminada una lucha por la libertad, vense aprisionados en nuevas cadenas. Pero no importa. Acaso la libertad y la justicia tienen que retroceder ante aquellos que le hacen frente, llegando sólo a realizarse plenamente con el último suspiro de la humanidad. Pero, al menos aquí, la férrea muralla de la autoridad no obstruye el futuro. En adelante, ningún déspota podrá sostenerse contra su espíritu, cuya corriente le arrollará, arrastrándolo... “Los soldados franceses —solía decir Napoleón— saben emplear su razón. De ahí que sean blanda cera en manos de los que a su razón apelan. Y, no obstante, los más intrépidos de la tierra.” Les fué fácil a los *leaders* espirituales de Francia, desde Rousseau a Zola, combatir el poder existente: contaban con soldados, contaban con un pueblo.

* * *

En Alemania les hubiera sido difícil. Hubieran tenido que entenderse con un pueblo que no aspira más que a ir viviendo. Todavía no ha visto nadie que aquí, donde tanto se ha pensado, llegasen a concentrarse jamás las fuerzas de la Nación para convertir los conocimientos en hechos. Ni la abolición del despotismo injusto, ni el deseo de emanciparse de las exigencias de una creencia devenida ridícula, han movido los brazos. Se va más allá que cualquier otro en el pensamiento, se piensa hasta los límites de la razón pura —se piensa hasta la nada—, y abajo, en la tierra, siguen reinando

el puño y la gracia de Dios. ¿Para qué cambiar nada, si lo construido en otras partes, lo que tantos esfuerzos costó construir, ha sido rebasado aquí en el reino de la especulación filosófica y de la teoría? ¿Para qué cambiar nada? Se vive lenta y pesadamente, se carece de suficiente facultad creadora para orientar la vida por la senda del espíritu. Siguen las ideas, junto a las cosas y por encima de ellas, representando su función. Seguramente, de hacerlas descender e intervenir en la práctica, o trastornarían todo, introducirían el desorden. Y así se aferra uno a la mentira, como si detrás de la verdad se presintiese el abismo. La desconfianza, el recelo hacia el espíritu, no es sino desconfianza en el individuo, falta de confianza en sí mismo. Puesto que cada cual se halla más a gusto protegido y sirviendo, ¿quién va a creer en una democracia, en un pueblo de señores? Es posible que algunas veces los señores reconocidos y acatados, toscos como son, lleguen a exasperar a la muy culta nación. Pero con ellos, bajo su protección, se está seguro de la vivienda, más seguro que aquellos que dejan únicamente que el espíritu les guíe. Y, por lo demás, también estos señores saben dominarse. Difícilmente se dejarán llevar por la exaltación de la fuerza que engendra las explosiones. Lo extremadamente tiránico es aquí tan inverosímil como la igualdad. Ninguna crueldad, pero tampoco ningún amor. En ninguna otra parte vemos a las clases separadas por tales montañas de hielo. Ni se aman entre ellos, ni se respetan a los otros. La Monarquía, el Estado de señores es una organización de la misantropía, es la misantropía misma creando escuela. De la muchedumbre de los humildes, en la cual aquí, como en cualquier otra parte, se halla contenida la mayor fuerza vivificadora de la especie, han hecho una vaga esperanza remota, actualmente corrompida e inservible para la confraternidad activa que engrandece los pueblos. Nada de gran pueblo: sólo grandes hombres. Todo lo que posee en amor, toda su ambición y su confianza en sí, la ha puesto este pueblo en sus grandes hombres.

¡Sus grandes hombres! ¿Es que se ha calculado jamás lo que a este pueblo le vienen costando? ¿Cuánto talento, cuánta posibilidad de acción, cuántos sentimientos nobles tuvieron que ser aherrojados; qué cantidad de humillación, envidia y menosprecio hubo que fomentar, y a cuánto no fué preciso renunciar en el espacio de cien años, para que con enormes intermitencias apareciese al fin cualquier hombre prodigio —el dechado de todos los esplendores—, cebado con el renunciamiento de generaciones enteras y nacido de entre el abono viviente de la nación como una sensual y grasienta flor mágica! Y ahora, ¡postraos y adorad! Vosotros que no conocéis la fuerza creadora, no tenéis por qué entrometeros en la vida de los poderosos, ni tampoco saber que el más grande, justamente el más grande de los hombres, sólo lo es en el momento en que crea y que la veneración hacia su persona recae sobre un muñeco inerte.

¿Qué de tiempo perdido en la existencia del gran hombre: ratos amargos en los cuales él mismo se siente agotado y pequeño! ¿Cuánta comedia y artificial arrogancia para poder seguir representando, a través de los días, lo que alguna vez fué! ¿Qué desvariado egoísmo el de las masas que abdican en sus manos! ¿Qué alejamiento de los hombres, qué aislamiento glacial! Y cuánto también de dolor, de excitación constante, de miedo al fracaso. ¿Qué horrible mirada la de aquel que, habiendo poseído, o creído poseer un instante, lo absoluto, se asoma de pronto hacia la nada! No sólo absorbe el gran hombre la fuerza y el orgullo de su pueblo, sino que le abre el abismo, ante el cual retrocede espantada la modesta existencia del hombre común. Pero ni nada de esto debiera ser posible, ni el gran hombre tampoco. Un pueblo de hoy no tiene derecho a semejantes grandes hombres. No tiene derecho a dejarse despojar por ellos de su espontaneidad, a dejarse corromper cayendo ellos mismos, fabricantes de lana, comerciantes o lo que sean, en un

culto ridículo de su superhumanidad, cuando tienen a su pobre humanidad tan retraída y descuidada.

Pero el último a quien le debiese haber estado permitido todo este extravío cobarde, el hombre del espíritu, el literato, ha sido justamente quien lo ha consagrado y divulgado. Su naturaleza —la definición del mundo, la clara perfección de la palabra— le obligaba al desprecio del poder ennoblecido e impuro. Revestido por el espíritu de su dignidad de hombre, su deber era sacrificar toda su vida en provecho de la verdad. Y, no obstante, es precisamente él quien en Alemania viene desde hace años actuando en pro de la disculpa de lo antiespiritual y a favor de la justificación de lo injusto y de su enemigo mortal, el poder. ¿Qué extraña depravación le condujo hasta allí? ¿En dónde encontrar la explicación de este Nietzsche —que ha prestado su genio a esta clase de hombres— y la de todos los que siguen? ¿Es acaso el inmenso éxito de la fuerza, de que esta época y este país fueron testigos? ¿La desesperación de sentirse incapaces para superar la propia naturaleza, hoy y aquí abajo? ¿La imperiosa necesidad de actuar, sea como sea, y aunqu econduzca a enaltecer y glorificar al enemigo como admirado representante del mal? ¿O la abdicación perversa del todo sapientísimo que se revuelca en una vida infame e inconsciente, como un penado oevadido?

Desde la trágica ambición hasta la vanidad miserable, desde la estúpida tendencia a ser original hasta el pánico temible al aislamiento y la repugnancia hacia el nihilismo, los literatos apóstatas tienen muchas disculpas. Tienen, ante todo, la del monstruoso y creciente aislamiento, que, tras tantos años de inactividad, separa a los intelectuales alemanes de su pueblo. Pero ¿qué hicieron ellos por reducir ese aislamiento? Durante años y años han venido tomando la vida del pueblo como un nuevo episodio en sus grandes aventuras privadas. Han adjudicado al mundo un papel mudo. Nunca han consentido en mezclar su hermoso apasionamiento a las luchas de abajo; no han conocido jamás la democracia, y, no obstante, la han despreciado. Desprecian el régimen parlamentario antes de haber sido instaurado en su país, y la opinión pública antes de ser reconocida. Se comportan como si ya hubiesen obtenido aquello por lo cual los otros vertieron su sangre, permitiéndose gestos de hastío a pesar de no haber hecho nada por obtenerlo, ni haber luchado por ello, ni haberlo gozado jamás.

Y, no obstante, es a ellos a los que corresponden dominar. El espíritu debiera dominar, para que el pueblo domine. Tendrían que proporcionarle al pueblo la alegría de contemplarse sincero, a fin de que esta manera adquiriese un mejor concepto de sí y se sintiera más emotivo. El tiempo pide, y su honor lo exige, que, al fin, ¡al fin!, también en este país cuiden ellos de asegurar al espíritu el cumplimiento de sus fines, que se unan al pueblo contra el poder, que pongan toda la fuerza de la palabra al servicio de esta lucha, que es, a la vez, la lucha del espíritu. No en dejar que su deseo de distinción se transforme en culto de sí mismo. La exageración alemana de la importancia del caso único, muéstrase cada día en mayor contradicción con la razón y la verdad. La fuerza de los elegidos debiera consistir en que fuesen ellos los que diesen la norma y el ejemplo. El tipo del hombre espiritual tiene que predominar en un pueblo que sienta todavía la necesidad de elevarse. El genio debe considerarse hermano del último repórter a fin de que la Prensa y la opinión pública triunfen, como aspectos populares del espíritu, sobre el utilitarismo y el negocio. El hombre de autoridad y de puños debe ser el enemigo. Un intelectual que se incline ante la casta de señores comete traición contra el espíritu. Que el espíritu no es conservador, ni otorga privilegio. Corroe, es igualitario, y por encima de las ruinas de cien Bastillas, va persiguiendo la verdad y la justicia, hasta dar con su realización, aunque sea y en la muerte.

La enseñanza del Derecho

Puntos de vista

por ANGEL OSSORIO Y GALLARDO

(Conclusión.)

nociones o prolegómenos— me parece lógica. Antes de entrar a estudiar ningún Derecho concreto, es indispensable conocer la estructura política y la económica de los pueblos.

El Derecho romano tiene hoy un valor de mero, aunque preciso antecedente.

Y la Historia del Derecho permite divisar en conjunto nuestros cuerpos legales, dando cuenta del camino que se va a recorrer y evitando en lo futuro conocimientos fragmentarios o repeticiones molestas.

B.—En los cursos centrales de la carrera serían tratadas las mismas materias que hoy, más alguna otra, como la Sociología, que inunda la vida moderna, a pesar de lo cual vive de prestado en nuestras Facultades. La novedad que, en lo demás, propongo, se refiere sólo a sistematización y ampliación de conocimientos. Sería así:

Primer curso.

- Derecho civil (Personas y cosas).
- Derecho penal.
- Derecho canónico.
- Derecho administrativo (Naturaleza y régimen de las propiedades públicas).

Segundo curso.

- Derecho civil (Sucesiones y contratos).
- Derecho administrativo (Organización y funciones de la Administración).
- Sociología (Exposición de sistemas).

Tercer curso.

- Derecho civil (Instituciones de los pueblos no sometidos al Código).
- Derecho administrativo (La Hacienda pública: su organización y sus sistemas tributarios).
- Sociología (Legislación española comparada con la extranjera).
- Derecho mercantil.

Cuarto curso.

- Derecho consuetudinario, civil y social.
- Derecho administrativo (El Municipio y las demás instituciones locales).
- Derecho internacional público y privado.
- Derecho judicial (Organización, funciones y procedimientos de los Tribunales españoles de todos los órdenes).

C.—Terminada la carrera, elegiría cada alumno la aplicación que mejor le pareciera y comenzaría el curso de especialización.

Sus respectivos contenidos no necesitan ser explicados. Los notarios y registradores se aplicarían al Derecho hipotecario y notarial. Los diplomáticos a la Historia universal, el Derecho internacional público y la Historia de los tratados. Los cónsules, al Derecho internacional privado y al mercantil. Los

abogados y jueces, a la Práctica forense y a la Literatura. Huelga detallar más.

Juntamente con estos estudios se harían constantemente, con ahinco y perseverancia, labores de índole práctica. Conviene advertir que esto no habría de constituir novedad en la marcha de la Escuela, pues una de las modalidades típicas de ésta había de ser el trabajo clínico y de laboratorio en todas las asignaturas. Investigaciones, rebuscas bibliográficas, conferencias, debates, redacción de dictámenes, estudio de autos, expedientes y protocolos, asistencia frecuente a museos y laboratorios de Antropología, de Sociología, etc., etc., habían de consumir gran parte del tiempo. Ya dije al principio que el alumno y el profesor habrían de vivir para el estudio el día entero y no los minutos contados de clase. Lógicamente, las tareas de esta especie serían intensificadas en el curso de especialización, combinándolas con la adquisición de experiencia fuera de la Escuela, en los Tribunales, Bufetes, Notarías, Registros, Consulados, etc.

Terminados los estudios, los alumnos —con excepción de aquellos que derivasen hacia el libre ejercicio de la abogacía— serían colocados por riguroso orden de calificación en los Cuerpos que hubiesen elegido. Así, el Estado no tendría que discurrir otros arbitrios más o menos aleatorios para reclutar a sus servidores, y los jóvenes no vivirían esos dramáticos años de inquietud para la conquista del incierto porvenir, años en los cuales algunas inteligencias se extravía. La mayor parte de los pícaros con toga cuaja en ese período de los veintidós a los treinta años, en que apremia la necesidad de constituir una familia y no se tienen fuertes asideros morales para resistir los embates de la tentación.

No se crea, por esto, que aspiro a formar un mundo de burócratas, resignado a vegetar en los escalafones. Lejos de eso, para mantener vivo el amor al estudio y tener en todos los Cuerpos del Estado vigorizada la sangre y ágiles los músculos, deberían reservarse la mitad de las plazas, por lo menos, en cada categoría, a la oposición entre los individuos del Cuerpo. Ese estímulo constante sería igualmente beneficioso para la eficacia del Poder público y para el bienestar de sus agentes. Una de las mayores urgencias del Tribunal Supremo es que algunas de sus plazas sean ocupadas por hombres de veinticinco a treinta años.

EL DOCTORADO

Los estudios doctorales debieran durar, por lo menos, tres años y tener —a semejanza de lo que hoy ya existe, una parte obligada y otra facultativa.

La parte obligada constaría de tres cursos de estas materias:

- Estudios superiores de Derecho público.
 - Idem íd. de Derecho privado.
 - Idem íd. de Sociología.
 - Idem íd. de Economía.
- La parte facultativa no estaría determinada en plan

ninguno ni subordinada a ningún régimen. El Estado no haría sino aportar el dinero. Los alumnos, por una parte, y el profesorado, por otra, determinarían con libertad absoluta materias, duración, sitio, maestros y todo lo concerniente a estas enseñanzas. Ya es buena simiente para tal propósito la labor de la actual Junta de Ampliación de Estudios. Pero la libertad que propugno es aún mucho mayor.

Ejemplos. Por impulso propio, o por propuesta claustral, un grupo de alumnos querría estudiar Instituciones jurídicas de Cataluña, en Barcelona; otro grupo pensaría ahondar en Derecho canónico, en Roma; quizás un estudiante sólo apeteciera desentrañar sobre el terreno las normas políticas de los pueblos asiáticos; éste querría instalarse en Simancas para bucear en su archivo; aquél se inclinaría a viajar para dominar el Derecho consuetudinario de tal o cual región española o extranjera... Pues todo esto se llevaría a cabo con un simple *placet* del claustro, para no tomar en cuenta la propuesta de algún maniático. Aunque un solo alumno lo pidiera, aunque el estudio no durase un año, sino tres, cuatro o cinco; aunque el coste fuese notoriamente desproporcionado con el número de quienes lo aprovecharon... Mientras cupiesen en la cifra anual del Presupuesto, ninguna aspiración de cultura debiera ser desatendida. El claustro y los alumnos tratarían con las personas que hubieran de enseñar y determinarían las condiciones y el precio, sin que al Estado le incumbiese más que pagar.

Esto último sería fundamental. Todos conocemos personas competentísimas, en determinada disciplina, que no pertenecen al profesorado. Habría que requerirlas para que se prestaran a ser catedráticos por excepción. De igual manera cabría traer a España profesores extranjeros o ir a sus aulas, donde estuviesen.

Todo cuanto en la Escuela había de ser disciplina, sujeción, inflexibilidad para que el Estado pudiese dar patentes con garantía de acierto, en la Facultad había de ser movilidad, variación, libre iniciativa, falta de simetría. Hay profesiones del Estado, pero no existe ciencia del Estado.

Sería Doctor quien hubiese aprobado las cuatro enseñanzas de los tres cursos obligatorios y hubiese cultivado la materia de su libre elección, demostrando el aprovechamiento en un libro que lograra sanción favorable de un Tribunal integrado por profesores de la Escuela, profesores de la Facultad y personas de mérito reconocido, ajenas a una y a otra.

Las vacaciones habrían de ser estimuladas mediante la concesión de becas.

El profesorado de la Escuela se reclutaría entre los Doctores de la Facultad.

Se dirá que este sistema anárquico es expuesto a desperdiciar bastante dinero y a amparar abusos. Lo reconozco. Pero en esta materia, como en la captación de aguas o en el alumbramiento de minas, un acierto compensa con creces veinte fracasos.

* * *

Ciencia propia... sentido jurídico... abogados competentes... jueces garantizadores de la civilización... Fuerza política apoyada en el Derecho... No faltará

quien diga que *eso* es mucho soñar. Yo afirmo, en cambio, que sin *eso* no se puede vivir, y que si España hubiese contado con todo *eso*, se habría ahorrado tres cuartas partes de los tumbos y zozobras que la afligen y empobrecen desde el reinado de Carlos IV.

Este número ha sido
visado por la Censura

Representantes de "El Estudiante,"

En provincias:

Granada:

Angel Carriaza.

Guadix (Granada):

Juan Aparicio López.

Murcia:

Víctor Sancho y Sanz de Larrea

Palma de Mallorca:

Ernesto María Dethorey.

Lérida:

Guillermo Díaz Plaja.

Torrelavega (Santander):

Enrique Ruiz de Villa.

En centros de enseñanza:

Instituto de Diplomática y consular (Madrid):

Antonio Romeo.

Escuela Normal de Maestros de Madrid:

Antonio Rubio.

Universidad de Granada:

Nicolás Ramiro Rico.

Universidad de Oviedo:

Enrique Ruiz de Villa.

La juventud universitaria del Uruguay, frente a la reforma universitaria y a los problemas de América

POR

J. OSCAR COSIO MONTALDO

El ambiente universitario del Uruguay, indiferente y rutinario, sufrió en 1923 una eficaz sacudida con la fundación de la Asociación Cultural Universitaria, cuya presidencia tengo el honor de ocupar.

Su creación respondió a la necesidad de realizar la obra eficaz —de reforma universitaria y de renovación ideológica en un sentido amplio—, que hasta entonces no había podido realizar la juventud uruguaya, en primer lugar, por la indiferencia de la misma, y en segundo lugar, por la falta de ese organismo imprescindible que es la Federación Universitaria, disuelta hace ya más de diez años.

En cuanto a los centros gremiales de las distintas Facul-

tades, obrando en forma aislada y preocupados exclusivamente de sus problemas locales, descuidaron siempre el estudio de los problemas de la enseñanza en general y jamás ejercieron función dirigente en el campo de las ideas y de la acción.

En este estado de cosas, nuestra Asociación ha venido a llenar ese gran vacío. Ella está integrada y dirigida por estudiantes de todas las Facultades, lo que ha hecho que su influencia se extienda en todos sentidos. Dotados de una gran cohesión ideológica todos sus componentes, su programa contiene diversos principios, los cuales pueden concretarse así:

I. Bregar por la reforma universitaria integral: a) Modificación del Estatuto Universitario, para dar intervención, en la dirección del claustro, a los elementos técnicos que lo integran, profesores y estudiantes, bregando, a la vez, por obtener la autonomía pedagógica, económica y administrativa de la Universidad; b) Democratización de la cultura y aproximación de la Universidad y el pueblo por medio de la extensión universitaria, adaptando aquélla al ritmo de los problemas sociales; c) Repudio de la enseñanza profesionalista y utilitaria, persiguiendo, en cambio, el desarrollo de una cultura integral y fomentando la investigación desinteresada por medio de la creación de Institutos de estudios, Seminarios y Laboratorios; d) Libertad de enseñar (cátedras libres y abolición de las cátedras vitalicias) y libertad de aprender (supresión de la reglamentación obligatoria); e) Gratuidad de la enseñanza.

II. Propagar, en *materia social*, los nuevos principios de reivindicación y de justicia, abordando el problema obrero y pugnando por la supresión del privilegio económico.

Propender, en *materia internacional*, a la unificación del derecho, a la solidaridad de los pueblos latino-americanos, al mantenimiento de la solución arbitral de los litigios, a la supresión de los armamentos y a desenvolver una conciencia americanista capaz de contrarrestar la influencia nefasta del chauvinismo nacionalista. En *materia política*, propender al mantenimiento del régimen republicano, combatiendo las dictaduras, reafirmando los postulados democráticos y el principio de la soberanía del pueblo, en consonancia con las conclusiones más recientes de la ciencia política. En *materia jurídica*, introducir los principios de la equidad, mitigar el rigorismo hermético de los Códigos, dando entrada a las conclusiones de la jurisprudencia, que permitan una mayor individualización de los casos jurídicos; suplantarse la interpretación literal de los Códigos por la que consulte los principios de equidad y las nuevas conclusiones de la nueva ciencia social, más humana y científica. En *materia espiritual*, luchar contra la influencia de la Iglesia en la vida pública y educacional, defendiendo los fueros del pensamiento libre. En *materia financiera*, propender a la nacionalización de las fuentes de riqueza, defender celosamente nuestra independencia económica, oponiéndonos al imperialismo de los Estados capitalistas; extender el dominio industrial del Estado, etc.

He aquí los principios que procuramos difundir para sacudir el indiferentismo de nuestro ambiente.

Para luchar por ellos es que un grupo de jóvenes idealistas nos lanzamos decididamente a la vanguardia, arrojando obstáculos y desafiando sonrisas indulgentes. Más que el intento evitado de un conjunto de voluntades, fué el despertar de una conciencia adormecida.

Todo estaba por hacer: la reforma universitaria no había adelantado un solo paso. Afortunadamente, el tipo de reaccionario *a outrance* no había hecho irrupción en nuestra Universidad, ni lo ha hecho hasta el presente; pero, en cambio, la indiferencia más desesperante aniquilaba los espíritus y sepultaba los intentos renovadores.

Los estudiantes aprovechaban de la gratuidad de la ense-

ñanza, conquista alcanzada felizmente en nuestro país, para engrosar la caravana sin rumbo de los profesionalistas.

Desvinculados casi totalmente de las Juventudes de los demás países americanos, apenas conocíamos sus anhelos, sus luchas, sus inquietudes.

En este estado de cosas, al comienzo de nuestro peregrinaje, cuando todavía vacilantes reclamábamos la palabra de aliento, ésta nos vino, como una sola gran esperanza, de nuestros amigos y compañeros argentinos. Hacia ellos nos dirigimos para buscar aliento y para adquirir experiencia. Y entonces resolvimos acometer una empresa que jamás había podido ser realizada por los innumerables inconvenientes que ofrecía; nos referimos al intercambio intelectual entre la Argentina y el Uruguay. Comprendimos que era éste el medio más eficaz para operar la transfusión de ciertas ideologías renovadoras. Y he aquí que la iniciativa ha alcanzado un éxito magnífico, sorprendente. En el curso del corriente año han venido a Montevideo, a decirnos su palabra cálida, entusiasta, henchida de fe, hombres de ideas, predicadores formidables como Alfredo Palacio, Carlos Sánchez Viamonte, Arturo Orzábal Quintana y Florentino Sanguinetti. Delegaciones de estudiantes han ido y venido en el curso de este intercambio, estrechando vínculos de simpatía y consolidando francas e indestructibles amistades entre los estudiantes de ambos países.

Por nuestra parte, nosotros hemos enviado a Buenos Aires a nuestros mejores maestros y hombres de acción: Emilio Frugoni, Santín C. Rossi y Dardo Regúlez.

Para el año próximo hemos prometido llevar a Buenos Aires al maestro de maestros, el doctor Carlos Voz Ferreira, y, a su vez, los compañeros argentinos nos enviarán a José Ingegnieros, Mario Sáenz, Ricardo Leneve, Julio V. González, Mariano de Vedia y Nietre y otros prestigiosos representantes de la nueva generación.

Nos une en estos momentos a la Juventud argentina un lazo de inquebrantable amistad y a la vez una ideología coincidente y un estado de espíritu semejante. Una atmósfera de prestigio rodea a la Juventud argentina: ella fué la que consolidó la más audaz tentativa renovadora: la reforma universitaria, que estalló en Córdoba en 1918.

Hemos analizado el problema y estamos convencidos que a nosotros nos será infinitamente más fácil obtener la reforma universitaria, comparando el pequeño esfuerzo que deberemos realizar con el agobiante tributo de sacrificios que tuvo que pagar la Juventud argentina. Esta tuvo que abatir las dinastías universitarias, tuvo que luchar, en los comienzos, contra el escolasticismo, contra el aristocratismo, contra el clericalismo. Nosotros, en cambio, hemos conseguido aislar a nuestra Universidad de esas temibles infiltraciones, porque ella fué, afortunadamente, el refugio del liberalismo, fuerza permanente de oposición durante los pasados regímenes despóticos.

Y he aquí una curiosa contradicción: en el Uruguay, la Juventud, en condiciones más favorables, no ha alcanzado la reforma universitaria. ¿Por qué la Juventud uruguaya, que es la que se encuentra en mejores condiciones para realizar una obra efectiva, no ha mostrado el empuje de la Juventud argentina, o peruana, o chilena, o mejicana? Es que nosotros hemos vivido y vivimos en las suavidades de la paz, regalados por el espectáculo de nuestras instituciones democráticas, casi perfectas, obsequiados por la más completa libertad personal y política. Nuestra sensibilidad parece así adormecerse en una satisfacción egoísta.

En cambio, he ahí el ejemplo de las Juventudes que han sufrido, como la magnífica Juventud peruana, bajo la tiranía de Leguía; he ahí el ejemplo de la nueva generación mejicana, que asiste a la más formidable revolución espiritual y social de la América Latina.

Mientras en la Argentina y en Méjico el movimiento re-

renovador nació en el llano, allá, en lucha contra el despotismo y el caudillismo; aquí en lucha contra el conservadorismo imperante que monopolizaba el gobierno, en el Uruguay, en cambio, la obra de reivindicaciones sociales y de democratización institucional ha sido realizada preferentemente por los gobiernos. De ahí que, impersonalizada y oficializada la acción, nuestro país no ofrezca el grupo de intelectuales que ofrecen otros países del Continente.

Pero la Juventud del Uruguay, por lo menos en lo que a nosotros respecta, quiere ahora incorporarse a la gran falange.

Necesitamos hombres de acción, predicadores, agitadores de ideas. Es menester mezclarse en la lucha.

A este respecto, reproduciré las opiniones vertidas por mí en mi discurso pronunciado en el Salón de actos públicos del Colegio Nacional de Buenos Aires, en el acto de la inauguración del ciclo de conferencias de intercambio intelectual.

"Los grandes ideales de la época presente sólo pueden alcanzarse poniendo en ellos mucha simpatía, mucha fe, mucha pasión.

"Por eso no creo, como muchos afirman, que el intelectual, si quiere conservarse como tal, deba permanecer al margen de las luchas y de las pasiones y no pueda adherirse a ningún partido político.

"Es que, en realidad, los que tal afirman, son los que temen la lucha. Ser apolítico —alguien ha dicho— es una postura muy elegante y superior, pero también muy cómoda.

"Creo que la Juventud debe ingresar en los partidos políticos, para transformarlos, utilizando en el bien social esos formidables mecanismos preparados para la acción práctica e inmediata. Tal vez esta afirmación os parezca utópica a vosotros, que todavía poseéis partidos políticos eminentemente electoralistas; pero si observáis la última evolución de los partidos en el Uruguay, que paulatinamente van desarraigándose de la tradición, iniciando la era de la moralidad política y administrativa, os convenceréis que este programa de renovación cívica, a cargo de la Juventud, es perfecta mente posible."

A mi juicio, la filosofía de la nueva generación debe ser la filosofía del hombre de acción. Así como debemos renegar de la sociología académica sin pasiones —como lo quiere Wilfredo Pareto—, debemos desechar también los sistemas filosóficos tradicionales, para dar paso al concepto pragmatista de la acción. Porque la única filosofía que puede servirnos, en este siglo de labor constructora urgente, es aquella que sea capaz de proporcionarnos un caudal de experiencia y un método para la acción práctica. La filosofía, ahora, como en la recia antigua, debe descender de sus torres de marfil al ágora moderna de las luchas sociales.

Pero, al lado de los partidos políticos nacionales, renovados y transformados por la Juventud, debemos crear partidos ideológicos, de carácter continental, que realicen los superiores fines de la colectividad americana. Es por esto por lo que no es aventurado afirmar que la creación de la Unión Latino-Americana es un acierto luminoso, y que está llamada a ejercer una influencia decisiva en el Continente.

La Unión Latino-Americana, que preside actualmente Alfredo L. Palacios, no ha nacido por generación espontánea; no ha sido ni es la materialización de un vago anhelo espiritual colectivo. El movimiento a que aludo ha surgido insensiblemente de procesos renovadores en distintos grupos del Continente, respondiendo a fuertes motivos salidos del fondo mismo del organismo social.

Tres han sido los focos de renovación: la Argentina y el Uruguay, hacia el sur del Continente, en el Río de la Plata; y Méjico, hacia el norte.

En la Argentina, mejor dicho, en Buenos Aires, hace apenas cinco lustros, las corrientes inmigratorias, el cosmopoliti-

tismo, la afluencia sorprendente de las fuerzas económicas, la centralización de la política y los asuntos de gobierno, a despecho del federalismo legal, comenzaron a desatar los más complejos problemas económicos, sociales y políticos; y fué interpretando esa nueva realidad que, hace veinticinco años, Ingegnieros, desde su gabinete de estudio, y Palacios, desde la tribuna de acción, hablaron por primera vez de socialismo, conmoviendo la todavía perezosa conciencia colonial.

El otro foco ha sido el Uruguay; pero —ya lo he dicho— en nuestro país la obra de reivindicaciones sociales y de democratización institucional ha sido realizada preferentemente por los gobiernos, que han contado con el apoyo de los intelectuales.

En Méjico —el otro foco— la obra renovadora adoptó, en cambio, un carácter eminentemente político. Fué la lucha del liberalismo contra el caudillismo y la lucha contra el imperialismo económico de los Estados Unidos.

Ahora los grupos intelectuales de toda América se han buscado y puesto en contacto. La reforma universitaria, que estalló en Córdoba en 1918, favoreció el movimiento, porque contribuyó a que tales ideas de renovación pasasen del selecto grupo intelectual a la Juventud, y se mezclasen a los problemas más vivos y palpitantes. Finalmente, los hombres de la reforma: Vasconcelos en Méjico, Palacios en la Argentina, escalaron los puestos directivos, y aquéllos, que sólo contaban antes con el poder convincente de la prédica, tuvieron luego en sus manos los medios para realizar.

De este intenso movimiento, de larga gestación, ha nacido la Unión Latino-Americana. Los problemas que ésta se plantea son precisamente los que ofrecen verdadero interés actual e indiscutible trascendencia, entre ellos, la lucha contra las tiranías en América (y he ahí el ejemplo del Perú, de Venezuela y de Bolivia) y la lucha contra el imperialismo económico yanqui y la diplomacia del dólar, que ha venido a desnaturalizar la doctrina de Monroe, transformando el principio de defensa contra el intervencionismo europeo en el principio de hegemonía yanqui y absorción imperialista.

Es preciso, pues, crear la Confederación de los pueblos Latino-Americanos, que Ingegnieros ya aconsejaba en 1922, y cuya idea fué lanzada en el banquete que los intelectuales argentinos ofrecieron a José Vasconcelos, y a la que Palacios acaba de convocarnos en su mensaje a la Juventud de América.

Así habremos realizado, después de un siglo, el gran sueño del libertador Bolívar, en su invitación al Congreso de Panamá, dos días antes de Ayacucho.

Pero la organización de nuestros pueblos en una Confederación no persigue fines bélicos ni responde a ambiciones imperialistas. Por esto, y teniendo en cuenta que nuestra cultura es la que nos legó la madre España, y la que hemos recibido de Italia y Francia, es por lo que nos reafirmamos en el propósito de estrechar vínculos espirituales con estas naciones. Y, en lo que se refiere a España, demás está decir que es éste el momento que más necesita de nuestro apoyo moral para abatir la prepotencia y el régimen de coerción que en ella impera.

Por eso, la Juventud del Uruguay no renuncia a su esperanza de ver triunfar en la tierra de Cervantes la ley dominadora del pensamiento libre y soberano.

Por su parte, la Asociación Cultural Universitaria, movida de nobles anhelos de acercamiento, estudia en estos momentos la forma práctica de extender su iniciativa de intercambio intelectual a las relaciones con España, y con tales propósitos se ha puesto ya en comunicación con el compañero presidente de la Federación de Estudiantes de Madrid.

Montevideo, septiembre de 1925.

La Revolución rusa ha sido el hecho histórico que mayores pasiones y polémicas ha producido en todo el mundo. No hay posibilidad de hablar de ella, sin conocer el pensamiento de sus directores.

La BIBLIOTECA INTERNACIONAL ofrece todo género de obras de Lenin, Trotsky, Sinovief, Bujarin, Radek, etc., etc. Pídanse catálogos, Grandes descuentos a corresponsales y libreros.

Última edición publicada:

EL LENINISMO TEORICO Y PRACTICO

por STALIN

Precio: 0,75 ptas.

Los pedidos a: BIBLIOTECA INTERNACIONAL, Apartado 125

Despacho en Madrid: Prado, 11

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual. 14,00 ptas.
> semestral 7,00 >
> trimestral 3,50 >

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista *EL ESTUDIANTE*
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un a la Revista *EL ESTU-
DIANTE*. Por giro postal envíe a usted la cantidad de
importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192

(Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

EL LIBRO DE ACTUALIDAD

RAMIRO DE MAEZTU

DON QUIJOTE, DON JUAN Y LA CELESTINA

ENSAYOS EN SIMPATÍA

Libros de madurez espiritual donde cobran vida las más altas creaciones literarias del clasicismo español. El método que ha seguido el autor para arrojar luz sobre estos mitos literarios, es el de la
— — — simpatía: vivirlos, soñar su mundo — — —

Un volumen, 5 pesetas

ARMANDO DONOSO

LA OTRA AMERICA

Estudios de Gabriela Mistral, Arturo Cancela, Henriquez Ureña, Barret, Karez I, Roshan, E. Barrios, Toribio Medina, F. Albert

Un volumen, 4,50 pesetas

Puede hacer sus pedidos: a su librería o a

CALPE

CASA DEL LIBRO

Avenida de Pi y Margall, 7. Apartado 547.—MADRID

Envíos a reembolso